

Klaus Vöthróder

La Cumbre de la Tierra

De Río no vino la salvación

Nada de nuevo en Río. El intento de solucionar los nuevos y grandes problemas de nuestro planeta con instrumentos viejos, que en el pasado han mostrado suficientemente su ineficacia, tenía que fracasar. Los políticos, preocupados de sus intereses particulares, decidieron en Río lo que es posible pero no lo actualmente necesario. Y, además, lo posible es muy escaso.

Después de más de dos años de preparación, se encontraron en Río de Janeiro para la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y Desarrollo (CNUMAD) entre el 4 y 14 de Junio 1992, delegaciones de 178 países y más de 100 jefes de estado y de gobierno, reunidos para buscar soluciones a las grandes amenazas de nuestro tiempo, a saber, el desarrollo para la superación de la pobreza y la protección del Medio Ambiente. Por fin fueron aprobados cinco documentos (véase cuadro pág 329). La gente de muy buena voluntad ve en estos documentos la manifestación de un nuevo orden mundial, basando en la cooperación entre el Norte y el Sur la superación de la pobreza y la recuperación y preservación de los recursos naturales. Pero, cuando se tiene presente el curso de las discusiones, el carácter obligatoriamente flojo o deficiente de los documentos, la falta de fechas, condiciones y firmas, los flujos escasos de dinero y, sobre todo, las ausencias de nuevas ideas en la orientación de nuestros estilos de producir y consumir; esta interpretación parece más un deseo que la expresión de la realidad. Así una y otra vez surge la pregunta: ¿por qué todo el mundo quiere proteger el medio ambiente y superar la pobreza, y no se logra llegar a acuerdos y a hechos sustanciales?

CONFERENCIA DE CHEQUERA: LA FE EN EL DINERO

Nada de nuevo en Río. Para solucionar los nuevos problemas se quie-

ren usar sobre todo la vieja estrategia de los últimos años: Transferencia de finanzas y de tecnología. De esta forma, la conferencia degeneró en un regateo de dinero. En ambos lados, entre los representantes del Norte y del Sur hubo muy poca gente que insistiera en la insuficiencia de esta estrategia y que exigiera la ampliación del horizonte de la discusión. Pero un debate que alcanza más a las raíces de nuestro estilo de vida no tiene oportunidad en estos tiempos sin alternativas económicas y políticas. De este modo se mantuvo la ilusión de que con flujos de dinero y tecnología moderna se pueden solucionar los problemas del desarrollo y la protección de nuestra tierra. Además los países industrializados se presentaban muy tacaños, lo que dejó a los países del Tercer Mundo muy descontentos.

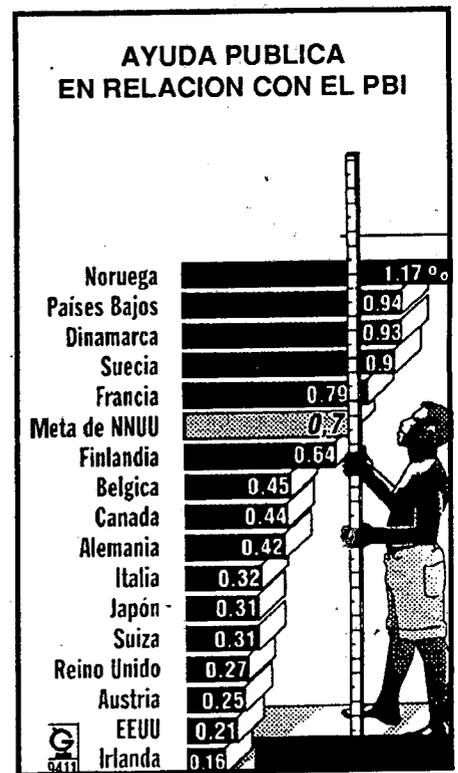
La Agenda 21 planea 115 proyectos y acciones concretas para la protección del medio ambiente por el orden de los 600 mil millones de dólares. Los países industrializados deberían desembolsar 125 mil millones de dólares durante los próximos años. Pero ellos prometían solamente 6 ó 7 mil millones de dólares, que, según los expertos, se reducirían a 2 mil millones de dólares frescos y nuevos.

Tampoco los países del Sur pudieron obtener que los países industrializados se comprometieran a una fecha fija para conseguir la meta de 0.7% del Producto Interno Bruto para la ayuda pública, una meta que fue aprobada desde hace 20 años y que debió alcanzarse en el año 1985 (véase recuadro anexo para la situación actual). Algunos países nunca han aceptado esta fecha; los EE.UU. y Suiza jamás aceptaron ni la fecha ni la meta. En Río se quedaron con la fórmula: "conseguirlo lo antes posible".

Por tanto, los países en desarrollo ¿tienen todá la razón para estar desengañados respecto a las transferencias financieras? Pensando en las experiencias del pasado, creo que no. La gran mayoría de los expertos conside-

ran los resultados de la ayuda pública nacional e internacional durante las últimas tres décadas de desarrollo como un fracaso. Hipotéticamente la adquisición de estos montones de dinero no será un problema, pero queda la tarea de gastar este dinero con sentido, por ejemplo, sin agravar dependencias y desigualdades internacionales. Especialmente el control sobre el uso del dinero es materia de fuertes discusiones entre el Norte y el Sur. El canal preferido por los países industrializados es el Fondo Ecológico Mundial (FEM), administrado por el Banco Mundial. Dentro de las estructuras económicas y políticas actuales este fondo no se distinguirá de otras instituciones del presente o del pasado dominadas por los países industrializados. Las mismas personas e instituciones del Norte con las mismas ideas y teorías darían el dinero y negociarían con las mismas élites — en gran parte corruptas — del Tercer Mundo, que lo recibirían. Sin un cambio profundo de estas instituciones de ayuda en el Norte y en el Sur, que presupone un cambio en las estructuras internacionales económicas y políticas; los errores del pasado se repetirán. Es ingenuo creer que las instituciones nacionales e internacionales cambiarán su práctica porque ahora sí tienen recursos para la protección del medio ambiente.

Por otra parte, parece extraño que en Río se hablara mucho de trans-



ferencias financieras del Norte al Sur, pero casi nada de la deuda extranjera de los países en desarrollo. Esta suma gigantesca de 1.355 mil millones de dólares es un fuerte gravamen para los países del Sur para un desarrollo propio. En estos días la deuda no sigue siendo un problema vital para las economías de los países industrializados como durante la mitad de la década de los ochenta. La gran mayoría de los acreedores no cuenta realmente con la posibilidad de obtener el cobro de las deudas pendientes. Pero la ley económica dice por principio: "¡Las Deudas tienen que ser pagadas!" o "¡No recompense una mala moral de pago!" Así, hay condonaciones de la deuda en porciones pequeñas, para los más pobres, pero no en principio. Hay propuestas de condonación de las deudas en gran escala, pero el punto crítico es que todos los bancos privados del mundo tendrían que tomar parte en una solución global. Y ellos no estaban en la gran mesa de Río.

También hay otros cálculos. Se pueden compensar las cargas financieras del Sur con las deudas ecológicas del Norte. En un libro reciente, el economista alemán-irani Hafzet Sabet opone el endeudamiento del Sur con el del Norte. Para el tiempo, entre 1956 y 1990, muestra que 50.000 mil millones de dólares fueron ganados por los países del Norte a través del aumento de intereses y ga-

nancias transferidas y por atracción de universitarios y materias primas subpagadas. El concluye: "Una crisis de deuda del Sur ya no existe."

LA TRANSFERENCIA TECNOLÓGICA COMO PANACEA

Las grandes sumas de dinero sobre todo estaban previstas para la transferencia de tecnología ecológica, de la que se esperan prodigios verdaderos. Parece que en el contexto de las negociaciones internacionales estas transferencias se presentan como un simple embarque de máquinas y "know how" desde el Norte hacia el Sur. Esta fe en la eficiencia de transferencias tecnológicas tiene su paralelo en los años 70, cuando se esperaban del concepto de la "tecnología adaptada" inmensos impulsos para la superación de la pobreza y el hambre. Pero lo que significaba "adaptada" era decidido en los despachos de las grandes organizaciones y ministerios de desarrollo de los países del Norte. El resultado era que los países en desarrollo eran inundados de "molinos de viento que no funcionaban y de plantas de energía solar que no calentaban" (Véase Patrick McCully, Ecologist 6/1991 pp.244). Las diferencias de cultura y de estados de desarrollo, de modo de producir y consumir, etc. eran descuidadas, y eso conducía a inmensos e insolubles problemas de

ajustes. En poco tiempo el concepto de la "tecnología adaptada" fue abandonado por las grandes organizaciones de desarrollo.

Algunos problemas se añaden. Al lado del financiamiento queda la cuestión de la patente. Cuando el derecho de propiedad sobre la técnica y el "know how" se vuelve exclusivista, se necesita una intervención política para acelerar y abaratar estas transferencias al Tercer Mundo.

Un flujo masivo de tecnología también lleva consigo para el Sur una intensificación de la dependencia tecnológica respecto de los países industrializados. Ya hoy 9 de cada 10 científicos trabajan en el Norte. Para los países industrializados esta dependencia implica mercados, demandas, puestos de trabajo en el país propio etc., una razón más para que los líderes del Norte intercedan en favor de las transferencias tecnológicas. Y, además, el concepto ecológico es muy amplio y relativo. Así la industria atómica podría declarar que sus plantas nucleares también son ecológicas para obtener asignaciones porque disminuyen las emisiones del CO₂.

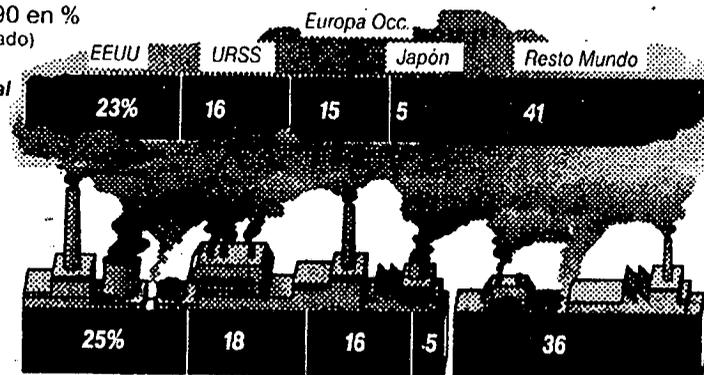
Muchos observadores de la conferencia de Río consideran al Japón como un ganador en la materia del medio ambiente porque quedó como el más generoso y social de las grandes potencias industriales. Japón podrá beneficiarse de su generosidad porque es el líder mundial de tecnología ecológica y de exportaciones; la estrategia de transferencias promete un buen negocio. Los rendimientos esperados por el Japón serían suficientes para levantar la ciudad ecológica proyectada al estilo Disneyworld en el Amazonas. Por lo demás, queda por ver cómo la población japonesa, en alto grado adversaria a la energía nuclear, reaccionará si el gobierno realiza el plan de construir en su país con gran densidad de población 40 plantas nucleares adicionales hasta el año 2010 para mantener las emisiones del CO₂ al nivel actual.

Esta posición de crítica no es en el fondo hostil a la técnica. Pero la importancia que tuvieron las transferencias tecnológicas en la conferencia de Río, descubre el hecho de que los procesos que, por ejemplo, aumentan las emisiones de los gases del "efecto invernadero", en sustancia tienen más carácter político y económico que técnico. El hecho de que los Estados Unidos sea el principal emisor de CO₂ en el mundo no tiene nada que ver con

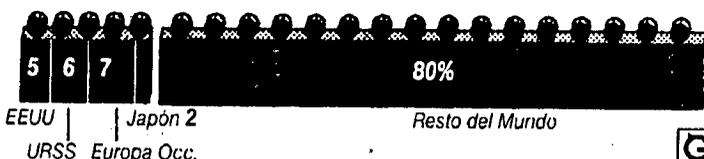
LOS PRINCIPALES EMISORES DE CO₂ EN EL MUNDO

Datos de 1990 en %
(en parte estimado)

Participación en
emisión mundial
de CO₂



Participación en
consumo de
petróleo,
carbón y gas



Participación en
la población
mundial



la eficiencia de su técnica —que la poseen— sino con su estilo de consumo y la magnitud de su industria automotriz o petrolera. En la zona de Los Angeles, donde en promedio 10 carros llevan a 11 personas al trabajo y hay un porcentaje muy alto de enfermedades de pulmones, existen los más rigurosos valores de límites para las emisiones, pero también la más grave contaminación del aire en los EE.UU.

EFICIENCIA FRAGMENTARIA

Indudablemente el pensamiento alternativo o utópico no tiene oportunidad. Después del "fin de la historia" de Francis Fukuyama y la aceptación casi universal de la democracia liberal y de la economía del mercado de hechura neoliberal, no hay razones para pensar en alternativas al modelo predominante de la sociedad y de la economía. El tiempo del futuro solamente queda para mejorar algunas debilidades del sistema, pero no sirve para debates ideológicos.

Dentro de este marco, los líderes del mundo y sus representantes no vinieron a Río en primer lugar para negociar acuerdos globales para problemas mundiales, sino para defender sus intereses particulares que hubieran estado en peligro en vista de contratos demasiado amplios. El marco, que sobre todo está constituido por el "mercado total", no permite otro procedimiento a los participantes que actuar según una "eficiencia fragmentaria", es decir, teniendo en la mente las próximas elecciones, el intento de obtener beneficios máximos o pérdidas mínimas para sus países. Si no se jugara según las reglas del mercado total, las consecuencias serían asumir desventajas excesivas. La prueba de habilidad está en desempeñar ese papel y al mismo tiempo echarse una "pintura verde". Pues para eso servía la Cumbre de la Tierra.

El mercado total, que produce esa eficiencia fragmentaria, tiene una tendencia a la destrucción (Véase Franz J. Hinkelammert: ¿Capitalismo sin alternativas?, en: Pasos 37, Sept./Oct. 1991, pp. 15). Si, por ejemplo, un solo país como EE.UU. impone cargas a su industria química para la protección del medio ambiente, entonces crecen los costos de producción. Si los consumidores actúan racionalmente, comprarán los productos más baratos. La industria que no participe en el proceso de destrucción corre peligro de desaparecer del mercado por el hecho de perder su competitividad.

DOCUMENTOS

1. Declaración sobre medio ambiente y desarrollo

Declaración de principios no obligatorios, que sirve para un marco global de las políticas ambientalistas. 27 artículos generales que expresan principios como el de que el contaminador debe asumir el costo de la contaminación (15) o la responsabilidad de asegurar que las actividades bajo de la jurisdicción o control de un estado no causen daños al medio ambiente de otros estados (3).

2. Convención sobre la biodiversidad

Tratado obligatorio para proteger plantas y animales en peligro de extinción. No fue firmado por los Estados Unidos (único país industrializado que no lo hizo). La convención requiere que los signatarios hagan un inventario de las especies de plantas y animales en sus países y que protejan a las que estén en peligro de extinción. Establece mecanismos financieros para ayudar a países en desarrollo para poner en marcha esos programas de protección.

3. Convención sobre calentamiento global

Tratado que recomienda restringir las emisiones de dióxido de carbono, metano y otros gases que contribuyen al "efecto de invernadero" y establece mecanismos para transferir ayuda financiera y tecnología a países en desarrollo. Estados Unidos y los países de la OPEP obligaron a que se eliminara la fecha del año 2000 como plazo para establecer como límite el nivel que hubo en 1990 para emisiones de dióxido de carbono.

4. Declaración sobre principios forestales

Declaración no obligatoria relacionada con la protección de los bosques. Sus 17 puntos indeterminados tratan de una administración sostenible de bosques que resulta importante por razones económicas, ecológicas, sociales y culturales.

5. Agenda 21

Un plan no obligatorio de acciones y proyectos concretos para proteger el medio ambiente y financiar el desarrollo, cuyos costos se estiman en total en 600.000 millones de dólares anuales. El financiamiento aparece poco claro.

Pero ningún país puede renunciar a su industria química, y por eso no asume obligaciones demasiado rigurosas.

Dado que se considera a la competencia como el motor exclusivo del mercado y de la eficiencia de la economía, se trata de una eficiencia que conduce a la destrucción de nuestra base de vida. En cambio la protección del medio ambiente requiere acuerdos y restricciones globales porque ningún país puede solucionar sus problemas ambientales solitariamente en un estilo amplio sin asumir desventajas económicas. Contra la eficiencia fragmentaria del mercado total se tiene que proponer una "eficiencia reproductiva" (véase Hinkelammert, pp. 15).

Uno de los pocos líderes que mos-

tró una visión más amplia fue el presidente de Bolivia, Jaime Paz Zamora, para quien desarrollo y protección del medio ambiente implican "limpiar nuestras propias cabezas, porque el desarrollo humano y la preservación del medio ambiente suponen una nueva forma de pensar, de vivir y de organizarse. En definitiva, una nueva actitud frente a la vida" (El Globo, 14 de junio 1992, pp.35). Pero la gran mayoría de los protagonistas de la conferencia de Río eran agentes de la eficiencia fragmentaria. Esto se puede observar en la actitud de los EE.UU. ante la Convención sobre la Biodiversidad y de la mayoría de los países de la OPEP ante la Convención sobre el Calentamiento Global al que queremos referirnos en lo sucesivo.

¿POR QUÉ BUSH NO FIRMÓ LA CONVENCION SOBRE LA BIODIVERSIDAD?

En la convención sobre la biodiversidad se trataba de elaborar programas para conservar la diversidad biológica —cuya mayor parte se encuentra en los países en desarrollo—, crear zonas protegidas, promover la protección del ecosistema y habitat naturales y rehabilitar los dañados. Todas cosas buenas para aprobar, si no estuviese por detrás de este acuerdo el factor económico: ¿De quién es la propiedad de la información genética? Este punto no se resolvió a satisfacción de los EE.UU. y del presidente Bush: "No vamos a firmar cosas en las que no creemos." ¿En qué no cree Bush?

La industria biotecnológica parece tener un gran futuro sobre todo por la capacidad de reproducir artificialmente algunas de las materias primas. Por ejemplo, la vainilla era un recurso biológico que se encontraba primero en América Central y más tarde en Madagascar. Una empresa biotecnológica de los EE.UU. ha logrado reproducir y capturar la vainilla en una célula hecha por el hombre. Si la empresa vende la vainilla más barata, ¿quién va a compensar a los campesinos de América Central y Madagascar? (véase TIME, June 1, 1992, pp. 22) Efectivamente ahora

la información genética pertenece a quien domina la técnica: las grandes empresas de los países industrializados. A los países de origen no les queda más que una propina. En los países del Tercer Mundo la biotecnología propia ha tenido en el pasado escasa importancia y poco apoyo económico del Estado. Recientemente Latinoamérica ha reaccionado y ha aumentado los montos destinados a esta investigación. Pero no tiene la capacidad tecnológica y económica para competir en los mercados internacionales.

El contrato sobre la biodiversidad dice que "los resultados de la investigación y desarrollo" deben compartirse de "forma justa y equitativa" y "en términos mutuamente aceptables" entre la compañía que desarrolle un producto biotecnológico y el país en desarrollo de donde procede ese recurso natural. Esto implica que las grandes empresas biotecnológicas tendrían que compartir sus ganancias por la comercialización de estos productos, con los países de origen. Esto no es aceptable para el presidente Bush.

Durante los últimos años dentro de la economía estadounidense débil, la industria biotecnológica es uno de los más jugosos negocios de las bolsas de valores. Una estrategia lanzada en 1991 para utilizar la biodiversidad planeó una inversión de 4 mil millones

de dólares, que rápidamente eran recuperados por empresas cuyas acciones en el primer año subieron entre 100 y 200 por ciento. Además, se estima en 4 mil millones de dólares lo que se comercia anualmente en los EE.UU. en productos farmacéuticos basados en químicos naturales (Véase EL DIARIO DE CARACAS, 2 de junio de 1992).

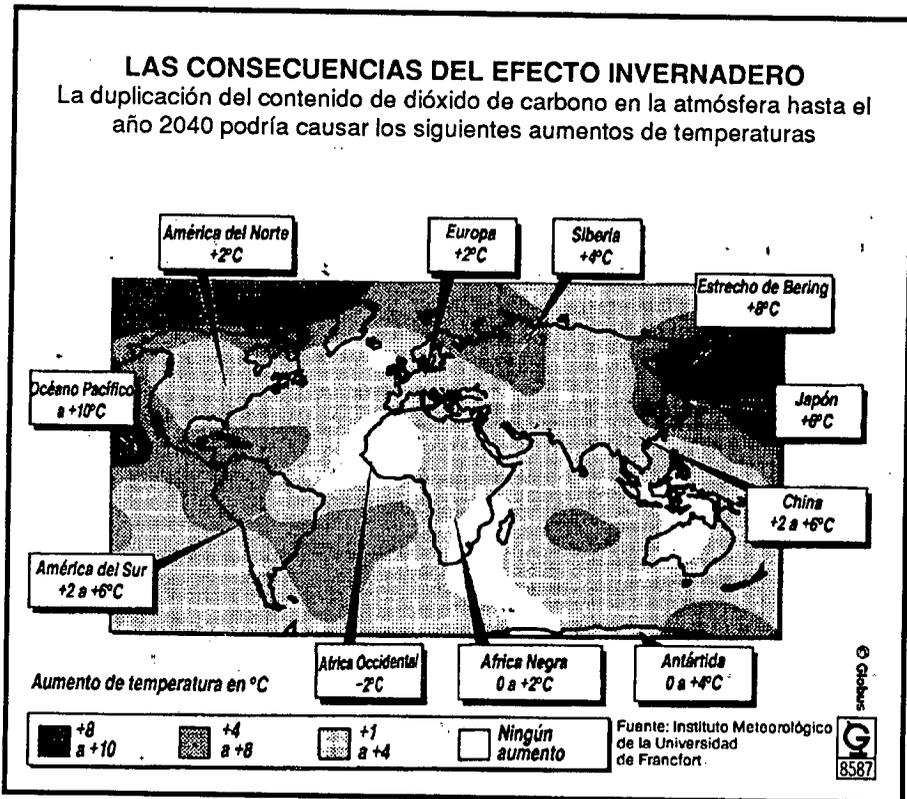
En vista de estos hechos, Bush no va a firmar un contrato que contiene grandes desventajas respecto a los derechos y patentes de las compañías estadounidenses que comercializan inventos biológicos. Según la "eficiencia fragmentaria" el presidente Bush actuó racionalmente cuando declaró antes de la conferencia de Río que no firmaría un texto que "fuera demasiado oneroso para los empresarios".

En esta relación una cosa merece mención. Los 14 millones de kilómetros cuadrados de la Amazonia no solamente producen 60 por ciento del oxígeno del mundo sino aquí se encuentra la mayor parte de la biodiversidad, un banco genético, químico y ecológico de valor incalculable. Una y otra vez surge la exigencia de los países industrializados que "nuestros bosques lluviosos" deberían ser internacionalizados para proteger zonas consideradas de "interés vital" para la humanidad. A algunos les gustaría que la Amazonia se transformara en un gigantesco e intocable museo ecológico. Un temor profundo, principalmente en Brasil, es que con la tesis de mala administración amazónica se pueden enviar tropas de "cascos verdes" de la ONU para defender nuestra base vital. Estas ideas, no tan absurdas, nos señalan también acontecimientos del pasado reciente, cuando bajo el estandarte de la defensa de la libertad y de los derechos humanos se invadió Granada, Panamá e Irak donde —de paso— se pudieron defender algunos intereses económicos.

LO MALO: EL PETRÓLEO

En una central eléctrica o en una planta de calificación, en una fábrica química o en un motor de un carro, cuando se quema carbón, gas o petróleo, se produce dióxido de carbono (CO₂) que sube a la atmósfera. Allí el CO₂ se enriquece y obstaculiza la radiación de la energía de calor al espacio interplanetario. Así se calienta la atmósfera de la tierra.

Para poner término a este cambio de clima, las emisiones de CO₂ tendrían que reducirse drásticamente.



Pero todos los estudios con diferentes escenarios de desarrollo del consumo energético de combustibles fósiles para el futuro señalan que este consumo de energía subirá en los próximos años con diferentes tasas de crecimiento, según los escenarios diferentes. El intento de los países de la CE (Comunidad Europea) de introducir un impuesto al consumo de petróleo, que a partir de 1993 impondría a cada barril de petróleo 3 dólares y subiría hasta llegar a 10 dólares en el año 2000, parece un paso en la dirección correcta. La experiencia de los dos shocks de petroleros de los años 1973/74 y 1980/81 mostró que solamente los aumentos de precios son eficaces para que los consumidores gasten la energía más racional y económicamente. Con una energía de combustibles fósiles más cara, el empleo de energía renovable será más rentable. Este medio puede ayudar a los países de la CE a que se acerquen a la meta de establecer los emisiones de CO₂ a los niveles de 1990.

Los países miembros de la OPEP consideran este impuesto un ataque contra los intereses de sus países. El secretario general de la OPEP, el indonesio Ali Subroto, dijo que "no tendríamos otra opción que la de defendernos, defender nuestra industria, nuestra naciones, con todos los recursos que tengamos a nuestra disposición... Una política de esta naturaleza lo consideraríamos una muestra de desinterés de los consumidores por el bienestar de los productores". No se le ocurrió que un consumo petrolero mundial más económico podría ser a largo plazo más ventajoso para la gente de su país y la población del mundo.

La actitud de la mayoría de los países de la OPEP, sobre todo de los países árabes —los Emiratos Arabes Unidos, Arabia Saudita y Kuwait no firmaron la convención sobre calentamiento global—, no debe disuadir a los Europeos de sus planes de un impuesto al consumo de petróleo y de todas fuentes de energías no-renovables. Más bien son dignos de compasión los países más pobres que necesitan importaciones petroleras más baratas y no han digerido los dos shocks de precios petroleros. Ellos podrían beneficiarse de un gasto menor de petróleo por parte de los países industrializados que probablemente tendría por consecuencia precios petroleros más bajos o por lo menos no tan elevados.

¿Y VENEZUELA?

Antes de la conferencia en Río la posición del ministro del ambiente, Enrique Colmenares Finol, tenía poco que ver con la realidad cuando anunció, bajo el título "Venezuela va a Río con gran autoridad moral", que "una cosa es la producción petrolera de un país que no tiene nada que ver con sus emisiones de CO₂ y otra es el consumo de combustibles fósiles de un país y las emisiones que eso genera" (EL UNIVERSAL, 3 de Junio de 1992). También el ministro sabe describir muy bien los graves peligros de la energía nuclear; pero contra el efecto invernadero se le ocurre solamente "sembrar árboles". Además, no se ve claro en qué consiste la "gran autoridad moral de Venezuela" en materia de medio ambiente. Venezuela necesita 3 ó 4 veces más energía que los países industrializados para producir una unidad del PIB y sale mal en la comparación internacional. Existe una contaminación seria de las fuentes de agua dulce. Las grandes ciudades como Caracas, Maracay y Valencia presentan altos niveles de contaminación atmosférica, sobre todo por el plomo de la gasolina (véase EL GLOBO, 17 y 22 de Junio 1992). Es cierto que las grandes zonas de los parques nacionales son una contribución importante para la protección del medio ambiente; pero a la gran mayoría de la población de las ciudades les ayuda poco.

Durante la conferencia de Río, el presidente venezolano, Carlos Andrés Pérez y su ex-canciller Calderón Berti rechazaron, desde Caracas, el impuesto sobre el consumo petrolero y lo calificaron como "injusto", "contrario a los intereses de los productores del crudo" y que "perjudicaría mucho a la economía venezolana". Después Pérez y su huésped, el emir de Kuwait, fueron al Parque de la Paz de Caracas para plantar un árbol. Al mismo tiempo en Río parecía imponerse una racionalidad que no solamente abarca los intereses particulares. El jefe de la delegación venezolana en Río, Arnoldo Gabaldón, manifestó el apoyo de Venezuela a la propuesta de gravamen de las importaciones petroleras, diciendo que "Venezuela no se olvida de que es parte del Tercer Mundo y, si bien tenemos una riqueza petrolera abundante, no podemos portarnos como hermanos ricos y negar nuestra responsabilidad ambiental."

Para Venezuela sigue el conflicto entre el desarrollo de los recursos

convenientes y contaminantes, como el petróleo, y la posible construcción de un nuevo enfoque global, aun a expensas de la conveniencia individual de algunos países. Venezuela haría bien en tomar algunas previsiones porque el desarrollo del petróleo podría ser "lo malo" del futuro, sea en realidad tan malo o no. El impuesto sobre el consumo señala en esa dirección. La "realidad ineludible" de este impuesto puede brindar a Venezuela la posibilidad de reflexionar más profundamente en su dependencia unilateral de la economía de las exportaciones petroleras, y en la necesidad de diversificar sus fuentes de ingreso, por ejemplo, dando prioridad a otros yacimientos energéticos menos contaminantes como el gas natural, y así disminuir la vulnerabilidad de la economía venezolana.

POR FIN

La salvación no viene de cheques nuevos. El tratamiento de la conservación de nuestra planeta no es principalmente un problema de costos sino una cuestión de nueva orientación de los patrones del consumo, sobre todo del estilo de vida en los países industrializados. Fundamentalmente el modo diferente del consumo energético es una condición insustituible para el desarrollo del Tercer Mundo. Aun cuando en este momento el debate ideológico no tiene gran oportunidad, los acontecimientos futuros nos forzarán a eso. Para una sociedad que se declara como única posible y sin otra opción, también hay una alternativa.

Esta esperanza en una sociedad alternativa, que no rinde culto a la eficiencia fragmentaria, proviene menos de nuestros líderes y gobernantes políticos y económicos que de los ciudadanos. Es significativo que el secretario general de la conferencia de Río, el canadiense Maurice Strong, al final dijera que ahora les toca a los pueblos presionar a los gobiernos para poner en práctica los cambios necesarios. Así por fin evocaba silenciosamente la pregunta de dónde estaba la voluntad y la racionalidad para las grandes transformaciones globales: ¿En la conferencia oficial de los gobernantes y sus delegados o en el "Foro Global", en el carnaval de los ecologistas, en el encuentro de las organizaciones no gubernamentales, donde se reunían Greenpeace, Friends of the Earth y World Wildlife Fund, el Dalai Lama, Jane Fonda y Sting, Elton John, Jacques Cousteau y Pelé?